

LA PEREGRINACIÓN DE MARÍA CON EL ESPÍRITU

Hna. Shalini Mulackal, PBVM

Shalini Mulackal es Hermana de la Presentación, de la India. Ha sido profesora de Teología Sistemática en el Vidyajyoti College de Teología en Nueva Delhi. También ha sido profesora visitante en muchas Universidades de Teología en la India. Ha presentado muchos artículos en seminarios nacionales e internacionales. Es miembro de la Asociación Teológica de la India y ha sido la primera mujer que ha desempeñado el cargo de presidenta. Actualmente es la coordinadora del Programa de Formadoras de la UISG, en Roma.



Introducción

Como todos los humanos, María de Nazaret fue un a peregrina en esta tierra. El conocimiento que tenemos de María hoy no solo proviene de lo que está escrito en la Biblia sobre ella, sino también de las reflexiones de fe de los cristianos a lo largo de los siglos, sus devociones y sus experiencias de fe al orar por su intercesión. A medida que la comprensión de Jesús y su misión crecía en las primeras comunidades cristianas, también crecía la comprensión de María y su rol en el plan salvífico de Dios. En este proceso, algunas leyendas, escritos apócrifos, evidencias arqueológicas, la geografía de Palestina y la memoria de María preservada en algunos lugares por los primeros cristianos ayudaron a dar una mejor imagen de María y su camino de fe.

De lo que está escrito sobre ella en las Escrituras, se puede tener una idea bastante clara de la persona de María. Ella se presenta como una mujer de profunda fe en Dios. Como cualquier otra madre, cuidó al niño Jesús hasta su edad adulta. Contribuyó al crecimiento de Jesús. Lo apoyó cuando empezó a caminar, lo enseñó a hablar, a responder, a rezar y a manifestar los signos habituales de amor. Le permitió crecer como persona con libertad.¹ En este proceso, junto a su esposo José, aceptó voluntariamente todas las dificultades

que fueron presentándose para proteger a Jesús de todos los peligros. La huida a Egipto con el niño y la búsqueda del hijo perdido en el templo son dos de los momentos de dificultad y ansiedad que ella tuvo que atravesar como madre.

De todos modos, el rol de María no se limitó a ser la madre biológica de Jesús. Ella lo siguió y fue su más fuerte apoyo en la misión hasta que él exhaló su último aliento en la cruz. Así mismo, las pocas escenas que nos presentan los cuatro evangelistas sugieren que María era una persona sensible a las necesidades de los demás. Incluso antes de alguien pidiera ayuda, ella ya se acercaba y los ayudaba. Su visita a su prima ya mayor y su intervención en las bodas de Caná nos permiten tener una visión de una mujer que era sensible a necesidades de los demás y dispuesta a ayudar.

Pero María no caminó sola. Tuvo una compañera durante todo el camino. Ese compañero no es otro que el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad. Este artículo es un intento de comprender el camino de peregrinación de María con su compañero del alma, el Espíritu Santo.

Nuestro contexto

Creo que el objetivo de esta reflexión no es meramente un ejercicio intelectual, sino mucho más un ejercicio espiritual del corazón. María respondió a la vida en un contexto muy diferente al nuestro. Pero reflexionar sobre cómo respondió en su contexto, atenta al susurro del Espíritu, nos permitirá responder creativa y audazmente hoy a las diversas necesidades de las personas y de la tierra pobre y vulnerable.

Nuestro mundo hoy es muy diferente del mundo del siglo I en Palestina. Todo se mueve muy rápidamente debido a los avances de la ciencia y la tecnología. Nuestra vida es mucho más cómoda y fácil con todos los instrumentos y aparatos que el mercado nos ofrece. Hay muchas máquinas que nos ayudan en nuestros quehaceres cotidianos, ya sea en la cocina, en el jardín o el trabajo. Ya no necesitamos ir al mercado a comprar. Todas las transacciones pueden hacerse desde casa. Además, Podemos comunicarnos con los demás en cualquier momento y desde cualquier rincón del mundo.

Sin embargo, hay otra vertiente de nuestro contexto actual. Los preciados valores humanos y cristianos están desapareciendo rápidamente. La familia, la unidad básica de la sociedad ya no es un lugar seguro, en un tiempo en el que más y más familias van rompiéndose. Hay un incremento del crimen y la violencia; un aumento de la adicción a las drogas, alcohol, los dispositivos de internet y el material pornográfico. Como consecuencia, nuestra sociedad sufre la falta de confianza; resulta difícil confiar incluso en la propia esposa, pariente o hijos.

La gente prefiere asumir compromisos a corto plazo más que a largo plazo. Se está promoviendo una cultura del consumismo, el individualismo y el materialismo con el objetivo de mantener la ideología capitalista que beneficia a pocos y perjudica a la mayoría. Como resultado, los sistemas socioeconómicos y políticos se levantan sobre el egoísmo, la codicia y el deseo de acumular poder y control más que al servicio, bienestar y bien común.

Este es el contexto en el que reflexionamos sobre María, una mujer corriente que vivió hace más de dos mil años en una población remota de Galilea conocida como la 'Galilea de los Gentiles.' Ella puede hacer nuestras vidas distintas si también nosotras nos disponemos a caminar con el Espíritu como ella hizo en cada uno de los momentos de su vida.

La identidad del Espíritu Santo

Antes de mirar a María y ver cómo ella caminó con su compañero del alma, el Espíritu, es importante saber quién es este Espíritu. Sin duda, para nosotros los cristianos, el Espíritu es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Según la comprensión judeo-cristiana, Dios se había revelado a sí mismo a la humanidad desde el tiempo de la creación. El clímax de la revelación de Dios llegó en y por medio de Jesucristo. Es a través de su vida, muerte y resurrección que Jesús reveló quién es Dios y cuál es el plan de Dios para nosotros y para todo el mundo. Al reflexionar sobre la vida de Jesús, la primitiva comunidad cristiana fue gradualmente conducida a la creencia de que Dios es una comunión de tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Durante su vida en la tierra, Jesús enseñó a sus discípulos a orar llamando a Dios 'Abba Padre.' Antes de su muerte, les garantizó un ayudante, un defensor que enviaría después de la resurrección. Con la poderosa experiencia de la resurrección de Jesús, los discípulos empezaron a proclamar a Jesús como el Mesías, el hijo de Dios y Señor. En Pentecostés, los discípulos que estaban orando en el cenáculo junto con María experimentaron el poder del Espíritu descendiendo sobre ellos como les había prometido Jesús (Hch 2, 1-4).

El Espíritu es la Tercera Persona de la Trinidad. En el Libro del Génesis, vemos el Espíritu de Dios irrumpir sobre el vacío sin forma, trasladar el cosmos desde su impotencia a la plenitud de la vida. (Gen 1, 2). Según san Agustín, el Espíritu Santo es quien libera la creación de sus límites naturales y la hace capaz de recibir a Dios.² En la lengua hebrea, el Espíritu Santo es llamado *Ruah*, el viento y aliento que sopla sobre el universo creando una relación de amor entre Dios y la humanidad. El mismo aliento de Dios es inhalado por el hombre y este se convierte en un ser viviente (Gen 2:7).

Por lo tanto, el carácter específico del Espíritu, es ser "exhalado" desde el Padre y el Hijo.³ En otras palabras, el Espíritu Santo es quien hace eficaz y real la acción del Padre y del Hijo a través de la historia de la salvación. Los Padres de la Iglesia expresaron esta realidad por medio de su fórmula clásica: *"Todo lo bueno procede del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo."*⁴ ¿Qué quieren decir los Padres cuando dicen "en el Espíritu Santo?" Significa que "el misterio inefable de Dios se convierte en *experiencia* para el creyente solo a través del poder de su Espíritu."⁵ La imagen bíblica del Espíritu sobre todo es la de una fuerza que impulsa la vida a una vida más grande.

María y el Espíritu

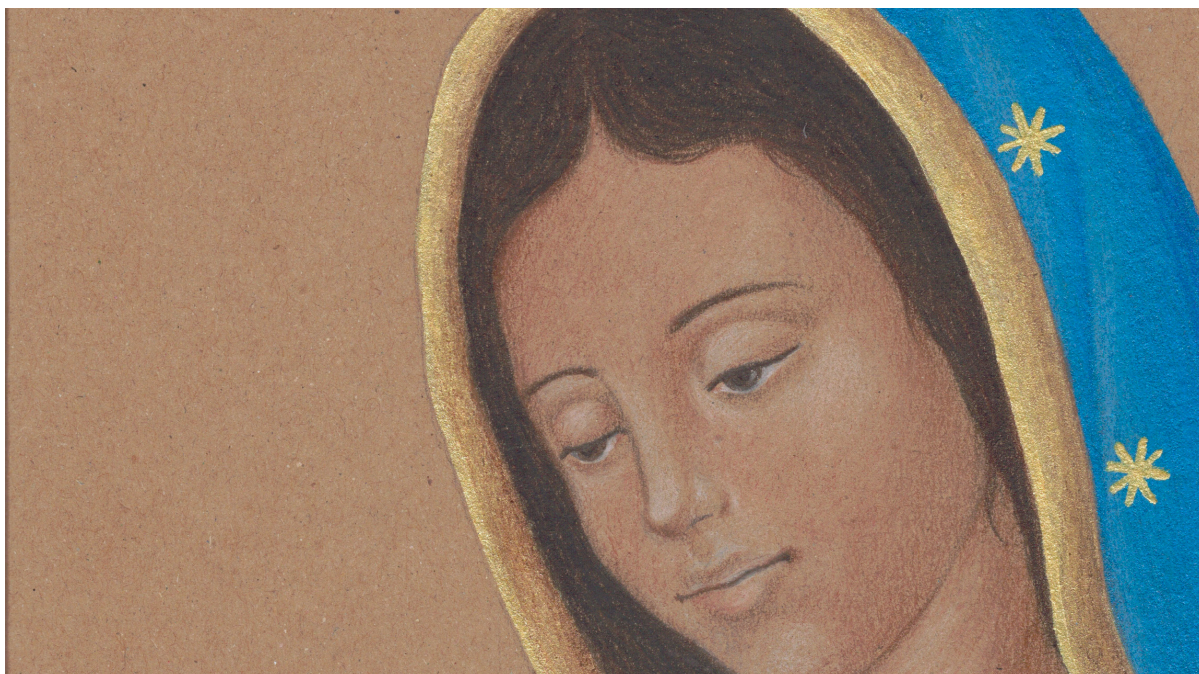
María de Nazaret, una joven corriente de una población rural, desempeñó un papel único en el plan de salvación de Dios. Además, es imposible pensar en María: *"único miembro de la Iglesia, y modelo destacado en la fe y la caridad"* (LG 53) sin pensar en el Espíritu. El dogma de la Inmaculada Concepción de María enseña que, aunque María era una criatura necesitada de redención, como consecuencia del rol que desempeñó, fue preservada del pecado original. En otras palabras, María fue redimida de una forma única y perfecta, esto no fue mérito de María, sino de Dios que quiso que María fuera concebida en el vientre de su madre sin mancha de pecado. Esta obra de Dios en María fue puesta en acción por medio del Espíritu. Así, desde el primer momento de su existencia, ella era el *"templo del Espíritu Santo"* (LG 53). En la anunciación, el ángel se dirigió a ella como la *"llena de gracia"*, lo cual significa *"llena del Espíritu Santo."* El Espíritu de Dios acampó sobre ella y el Espíritu la acompañó a lo largo de toda su vida.

El Espíritu pone a María en comunión con toda la vida Trinitaria. Juan Damasceno dice: *"El Padre la predestinó, pero el Espíritu la visitó, la purificó y la santificó y, por así decirlo,*

la irrigó.”⁶ María fue gradualmente transformada por el Espíritu. Era tan profundo que impregnaba todo su ser. Un escritor bizantino del siglo XIV, Teófilo de Nicea, dice: *“María estaba unida al Espíritu, autor de la vida, justo desde su origen; todo lo que estaba experimentando en su existencia era compartido con el Espíritu, ya que su participación en el Espíritu se había convertido en participación en el ser.”*⁷

La singularidad de María y su santidad brotan de su modo de cooperar con la acción del Espíritu. Lejos de ser pasiva, era un agente activo. Caminar con el Espíritu fue casi perfecto en la vida de María. En cada momento de su vida consciente permaneció unida a los impulsos del Espíritu en su corazón. El Espíritu habitaba en y ella estaba en constante comunión con el Espíritu.

Eso no significa que la vida fuera fácil para María. ¡Pensemos en una adolescente que consiente tener un hijo antes de casarse! Eso es lo que María hizo cuando fue llamada por Dios para una misión única. No lo consultó ni a sus padres ni a José, su prometido.



El Espíritu de Dios que moraba en ella le dio la valentía de pronunciar ese atrevido “Sí”, a pesar de las consecuencias adversas que dicha decisión tendría. Sabiendo bien la vergüenza que su embarazo supondría para ella y para su familia, María decidió cooperar con el Espíritu de Dios. En ese momento de libre consentimiento, María se situó a un nivel nuevo de conciencia. Se dio cuenta de que esa sombra del Espíritu era una realidad interior que reflejaba un milagro en su vientre, el de Dios encarnándose dentro de ella.⁸

María también afrontó otros momentos difíciles con valentía y confianza. No fue fácil para ella aceptar que la gente de Nazaret, incluidos sus familiares y vecinos rechazaran a Jesús e incluso intentaran matarlo (Lc 4, 14-30). En Mc 3,21, la familia esperaba “atraparlo” porque estaba “fuera de sí.” Como madre, ¿cómo pudo resistir María dichas pruebas? Sin duda, el clímax de su sufrimiento fue ver a su querido hijo injustamente acusado y sentenciado a muerte. ¿Cómo pudo permanecer María bajo la cruz, viendo a Jesús morir de la forma más cruel? Podemos encontrar respuestas a estas cuestiones solo a la luz

de su camino como peregrina con el Espíritu. El Espíritu le dio la fortaleza, la valentía y la esperanza para afrontar esos momentos dolorosos de su vida.

Hay una historia del hacedor de lluvia que nos ofrece otro aspecto de María llena del Espíritu.⁹ La historia es de un pueblo chino en el que no llovía desde hacía mucho tiempo. Su gente consultó a muchos magos y hechiceros, pero sus rituales y encantamientos no trajeron la lluvia. Finalmente, los pobladores se encontraron con un anciano y le pidieron que los acompañara a su pueblo y les llevara la lluvia. El anciano pidió una pequeña cabaña donde se sentó allí durante tres días. ¡Y llegó la lluvia! No hizo nada, pero su *presencia* les llevó la lluvia. Estos hacedores de lluvia son puentes entre Dios y los humanos. Cuando su presencia tranquila está alrededor, ocurren cosas. María es la mayor hacedora de lluvia que el mundo nunca ha visto. Ella no hizo mucho según categorías humanas. Pero ella fue una *presencia* tal, que allí donde aparecía, el Espíritu Santo irrumpía de formas nuevas y excitantes.¹⁰

**María fue una mujer sinodal
especialmente a la hora de
caminar junto con el Espíritu.
El Espíritu y María iban
“juntos en el camino”.**

José fue el primero en experimentar esta novedad. Cuando casi había decidido divorciarse de María privadamente, a través de un sueño, el Espíritu de Dios, le aseguró que María era inocente y que debía acogerla como su esposa. Vemos a María yendo presurosa a visitar a su prima Isabel que necesitaba ayuda porque estaba embarazada y era ya mayor. La presencia de María trae el Espíritu Santo tanto a Isabel como a su niño. El niño saltó de alegría en el vientre de Isabel, como un profeta, gritó y dijo: *‘De todas las mujeres, eres la más bendita y bendito es el fruto de tu vientre’* (Lc 1, 41-45). A continuación, María cantó el hermoso himno de victoria y revolución bajo la inspiración del Espíritu Santo. Como muchos jóvenes activistas del clima de nuestro tiempo, la joven María articula su sueño de una sociedad donde los hambrientos serán saciados y los humildes, ensalzados (Lc 1, 46ff). Maloney expresa esto mismo muy bellamente cuando dice: *‘Allí donde María iba, el suave rocío del Espíritu Santo de Dios caía suavemente sobre todos, removiendo las semillas de la vida divina en sus corazones.’*¹¹

Podemos recordar otros momentos en los que la presencia de María trajo la alegría a la gente. Los despreciados pastores de Belén *“encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre”* (Lc 2,16) y sus corazones se llenaron de gran alegría. *“Y ellos volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído”* (Lc 2, 20). Los Magos también se llenaron de alegría cuando recibieron el derramamiento del Espíritu a través de la presencia de María.

La presencia de la estrella los llenó de alegría, y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose de rodillas, le rindieron homenaje. Después, abriendo sus tesoros, le ofrecieron sus regalos de oro, incienso y mirra (Mt 2,11).

Simeón y Ana fueron otras dos personas que experimentaron el gozo profundo de la presencia de María con su hijo. Tomando al niño en sus brazos, Simeón oró: *“Ahora, Maestro, puedes dejar a tu siervo irse en paz... porque mis ojos han visto la Salvación que preparaste para que vieran todas las naciones...”* (Lc 2, 29). Más tarde, María llevó el gozo a la pareja y a sus seres queridos en Caná por su intervención en un tiempo de necesidad.

Después de la muerte y resurrección de Jesús, la tranquila presencia de María entre los discípulos continuó liberando el Espíritu Santo en mayor abundancia, lo que llenó sus corazones de gozo. Así que María desempeñó un gran rol en el cuidado de la primera comunidad cristiana, el cuerpo de Cristo, mientras cuidaba a su hijo en Nazaret y lo ayudó a crecer en sabiduría.

La invitación de María a la mujer consagrada hoy

“María es lo que debemos llegar a ser” dice George Maloney.¹² Este es un gran desafío que se nos presenta como personas consagradas en la Iglesia. En primer lugar, María nos invita a tomar conciencia de que el Espíritu habita en nosotros. Con el Bautismo y la Confirmación, el Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones. Nuestra consagración religiosa no es otra cosa que vivir de una forma mejor y más profunda nuestra consagración bautismal. La vida consagrada es una vida vivida en compañía del Espíritu. Como María, somos llamados a hacer del Espíritu nuestro compañero del alma. Es una llamada a estar en profunda unión con Dios. Este es el objetivo prioritario y el propósito de esta forma de vida desde sus inicios, cuando empezó en el desierto: una intensa búsqueda de Dios.

Como María, estamos llamadas a ser mujeres capaces de meditar todo en nuestros corazones. Esta meditación nos permite estar en contacto con el Espíritu que habita en nosotros. Somos afortunados de que la vida religiosa esté organizada de una forma que nos permita espacios y tiempos para dicha meditación. La calidad de nuestra meditación determinará la calidad de nuestra presencia. No son nuestros servicios los que nos definen como personas consagradas en el mundo de hoy, sino la calidad de nuestro ser. ¿Cómo se refleja la calidad de mi ser, mi presencia en mi relación con Dios, con los demás y con el universo? ¿Se sienten los demás cómodos en mi presencia? ¿Irradia esa alegría interior que es el don del Espíritu Santo?

Hoy muchas congregaciones religiosas se enfrentan a la muerte, la disminución de sus miembros y el cierre o final. No es fácil afrontar esta realidad. María, permaneciendo de pie en la cruz con la valentía y la esperanza procedente de su profunda unión con el Espíritu, puede ser modelo para todos los que deben experimentar la muerte en cualquiera de sus formas.

La situación del mundo de hoy necesita profetas y místicos. Profetas para decir la verdad, anunciar la buena noticia del amor incondicional de Dios y denunciar todo el mal y todo

lo que está en contra del plan de Dios y su propósito para la humanidad y el mundo. Llena del Espíritu, María proclamó su canto de revolución, un canto que nos llama a un cambio de valores y actitudes. Como mujeres de votos, debemos recordarnos a nosotras mismas que no podemos eludir nuestro papel profético en la Iglesia y en la sociedad. María nos llama a ser mujeres proféticas de nuestro tiempo.

Si bien reconocemos y apreciamos el gran trabajo que las religiosas están haciendo en diferentes partes del mundo, acercándose a quienes nadie se acerca, a las personas de las periferias, a los vulnerables, a los abandonados, seguimos recordándonos que no podemos ser complacientes. Necesitamos prestar atención a las nuevas necesidades que nos llaman y responder bajo la inspiración del Espíritu.

Conclusión

María fue una mujer sinodal especialmente a la hora de caminar junto con el Espíritu. El Espíritu y María iban “juntos en el camino”. Desde el momento mismo de su existencia hasta que fue asunta al cielo, en cuerpo y alma, experimentó el poder interior del Espíritu. Más que cualquier otro ser humano, colaboró con su compañero sinodal, el Espíritu Santo. En consecuencia, había una diferencia cualitativa en su presencia, una presencia que traía alegría y consuelo a quienes encontraba.

María es un modelo especial para las personas consagradas. Ella nos enseña a caminar en compañía del Espíritu y a afrontar las situaciones difíciles y desafiantes de nuestra vida y del mundo que nos rodea. Ella es verdaderamente nuestra hermana mayor que nos ha precedido mostrando el camino para hacernos amigos del Espíritu y llegar a ser una presencia consoladora en un mundo herido.

- 1 Ver Bernard Haring, *The Song of the Servant: Biblical Meditations on María, the Mother and Model of the Church*. Gran Bretaña: St. Paul Publications, 1977, 79.
- 2 San Agustín, *La Trinidad*, 14:8, 11. Citado en *Your Spirit, Lord, Fills the Earth*, Texto Catequético Oficial en Preparation for the Holy Year 2000, Preparado por la Comisión Teológico-Histórico para el Gran Jubileo del Año 2000. Nairobi: Pauline Publications África, 1997, 15.
- 3 Ver *Your Spirit, Lord, Fills the Earth*, 14.
- 4 Ver San Atanasio, *Carta a Serapio*, 1: 24. Citado en *Your Spirit, Lord, Fills the Earth*, 15.
- 5 *Your Spirit, Lord, Fills the Earth*, 16.
- 6 *Homilías de la Dormición*, I, 3. Citado en *Your Spirit, Lord, Fills the Earth*, 66.
- 7 *Talk on the Mother of God*, 30. Ibid.
- 8 Ver George Maloney, S.J; *Maria: The Womb of God*. Denville, New Jersey: Dimension Books, 1976, 77.
- 9 Ver Dr. Irene Claremont de Castillejo, *Knowing Woman*. Harper-Colophon, N.Y., 1973. Citado por George Maloney, S.J; *Maria : The Womb of God*, 82.
- 10 Ibid.
- 11 George Maloney, S.J; *Maria : The Womb of God*, 84.
- 12 Ibid, 94.